

teria mucoide, sino que estaban formados exclusivamente por elementos cuyos caracteres señalan como de sarcoma fibroblástico.

Los datos que se tengan acerca del aspecto que hayan presentado las vísceras abdominales, particularmente el tubo digestivo, y los de orden clínico permitirán saber si hubo invasión neoplásica del estómago, previa a la afección ovárica, o no.

ELOGIOS ACADEMICOS

El Dr. Ricardo É. Cicero *

Por el Dr. EVERARDO LANDA

El Hospital de San Andrés fué cuna de eminentes médicos y maestros distinguidísimos. A fines del siglo XIX era donde los estudiantes recibían enseñanza clínica de medicina y cirugía, y de donde salimos portando un pliego precursor de esperanzas y escondite de no pocos desengaños, en el cual se nos comunicaba haber sido aprobados para ejercer la Medicina, después de un examen general ante cinco austeros y exigentes catedráticos; examen cuya importancia ha desaparecido por completo, para dar ocasión ahora a un acto escolar sin brillantez ninguna y sin el carácter de positiva ceremonia de consagración que revestía. En las salas del vetusto edificio colonial conocimos a Lavista, Carmona y Valle, Olvera, Gutiérrez Zavala, Carbajal, Bandera, Regino González, Martínez del Campo, Domínguez, Hurtado, ya desaparecidos, y vimos también a Terrés iniciar aquella feliz experiencia de clínica que más tarde le daría el merecido renombre de maestro y médico prominente en nuestra República. En aquellas salas del San Andrés, lóbregas, deterioradas, malolientes y casi siempre obscurecidas por el polvo amarillento que se desprendía de los ladrillos gastados por el tiempo, conocimos igualmente a un médico joven, de inteligente mirada, pasito apresurado, pulcro, estudioso y puntualísimo: **Ricardo Emiliano Cicero**, que pronto se distinguiría como uno de los primeros dermatólogos de México. Diariamente visitaba a sus enfermos de sífilis con ese peculiar empeño y acuciosidad con que los médicos de entonces acostumbraban explorar y prescribir a sus pacientes: porque

(*) Leído en la sesión del 30 de mayo de 1938, en que fué descubierto el retrato del Dr. Cicero en la Sala de actos de la Academia.

una tarea de importancia inaplazable era la de prescribir en la ordenata, estrictamente de acuerdo con el arte de formular, cuyas reglas y ventajas, en el correr de los años y merced a cambios sociales, sería destruído casi completamente por la industria y el comercio. Sabíamos que Cicero, como médico salido de nuestra Escuela, tenía excelente preparación; que se distinguía por afectuoso, respetable, particularmente modesto y digno del título que poseía; y que en el Instituto Médico Nacional colaboraba con don Fernando Altamirano en la investigación relativa a nuestra flora medicinal. Por él sabíamos que el empirismo de los curanderos indígenas podría transformarse en útiles aplicaciones terapéuticas. Y no es ocioso recordar que el Instituto Médico fué un centro de investigación bien organizada, fundado para el estudio de las plantas medicinales de México; y que si afortunadamente existiera, lo consideraríamos entre las instituciones modernas de acción social; pero como fué torpemente invadido en el año de 1915 por los trabajadores de una especie de ciencia que llaman la **plasmogenia**, pasó a la historia como un simple recuerdo de preciosos días. Allí trabajó Cicero con Armendáriz, Luis E. Ruiz, Alcocer y otros médicos que figuraban en diversas actividades: unas de laboratorio, otras de hospital.

Había definido ya sus cualidades de hombre estudioso, y desempeñaba el cargo de antropólogo en el Museo Nacional; lucía sus conocimientos en un concurso para cubrir en la Escuela de Medicina una plaza de Jefe de Clínica Médica, en la que sólo alcanzó mención honorífica, pues el jurado respectivo otorgó dicho puesto docente a don José León Martínez; y más aún se había señalado desde su época de estudiante como uno de los seis fundadores de esa ilustre corporación que actualmente se llama la Academia de Ciencias "Antonio Alzate".

Vemos a nuestro querido amigo distinguirse en las escuelas donde hizo sus estudios; adquirir en 1890 el título de médico antes de cumplir 21 años; emprender en Europa la especialidad que le dió fama, en la clínica de Alfredo Fournier, a quien profesó sincera admiración, y con Brocq, Hallopeau y Besnier; desempeñar durante algunos años un puesto de médico en la Casa de Niños Expósitos; obtener en concurso, compitiendo con un dermatólogo de nota, don Jesús González Urueña, la cátedra de dermatología y sifilografía en la Escuela Nacional de Medicina; atender el ser-

vicio dermatológico y de sífilis en el Consultorio Central de la Beneficencia Pública, en donde algunos médicos recibimos de él valiosa enseñanza acerca de la materia que cultivaba; servir como médico inspector de escuelas primarias en el Distrito Federal, encargado del tratamiento que se impartía a los niños enfermos de la piel; dar clases de higiene a agentes sanitarios en la Escuela de Salubridad; y sobresalir ventajosamente en diversas corporaciones: la Academia Nacional de Medicina, la Sociedad Filoiátrica, la Sociedad de Medicina Interna, la Sociedad Mexicana Sanitaria y Moral de Profilaxis de las Enfermedades Venéreas, conocida actualmente como Sociedad Mexicana José Terrés; la Asociación para evitar la Ceguera en México; y concurrir a diversos congresos médicos y en ellos colaborar con entusiasmo y fe, interesado siempre por el adelanto de nuestra profesión. En el Congreso Médico Nacional reunido en la ciudad de Puebla, desempeñó con acierto y laboriosidad el difícil cargo de secretario general; y tuvo la dirección de la "Revista Médica", que era el órgano de prensa que publicaba la extinta e inolvidable Sociedad de Medicina Interna.

Dejó Cicero un acervo nutrido de trabajos en la "Gaceta Médica de México", en las "Memorias de la Sociedad Científica Antonio Alzate", en la "Revista Médica", los "Anales de Higiene Escolar", la "Crónica Médica Mexicana", diligentemente publicada durante muchos años por el activo médico don Enrique L. Abogado; en la "Terapéutica Moderna", "El Amigo de la Juventud", "La Cruz Blanca", "El Estudio", la "Revista Médica de Puebla", la revista médica "Pasteur", la Memoria del Segundo Congreso Médico Panamericano, la del V Congreso Médico Nacional, la del Primer Congreso Mexicano del Niño, la del VI Congreso Médico Nacional, la del II Congreso Nacional del Tabardillo, la del Primer Congreso Mexicano de Venereología; y en publicaciones del Museo Nacional y varios periódicos extranjeros.

Casi todos los datos biográficos y bibliográficos que voy dejando apuntados provienen de un completo y metódico resumen hecho por el estimable arquitecto don Ricardo Cicero Garita, hijo del compañero y dilecto amigo cuya memoria evocamos en esta noche con tanta veneración.

La personalidad de Cicero ha quedado, pues, justificadamente reconocida en el medio científico de México y, muy especial-

mente, en la Academia Nacional de Medicina. Tuvimoslo en esta corporación como excelente secretario, y en el año académico de 1918 a 1919, época de disgregación social, como presidente; mas supo dirigir con mesura los destinos de nuestra antigua sociedad, alejándola serenamente de la confusión política que entonces imperaba. Veintiocho trabajos suyos pueden verse en la *Gaceta*; apareciendo como última colaboración de su docta pluma, en 1934, su estudio sobre "Un nuevo concepto en Dermatología: las dermatosis invisibles de Gougerot". Debo hacer particular mención de los trabajos interesantísimos que logró con acertada precisión respecto al empleo del acetato de talio en el tratamiento de las tiñas. Fué seguramente el vulgarizador más convencido en México sobre los beneficios indudables de dicho medicamento, cuya introducción en terapéutica se debe a Saboureaud. La situación originada por la guerra impulsó a Cicero a recurrir al acetato de talio, en virtud de que los tubos de rayos X de que disponía se habían inutilizado y no era posible reponerlos. Puso entonces en práctica el procedimiento de que hablo, y pronto pudo convencerse de los verdaderos beneficios que merced a su empleo se podían lograr. En la actualidad, con excepción de ciertos países como Francia, en donde casi no emplean el talio, en todas partes se recurre a este medio de cura para los tiñosos. El empleo de la sal tálica es relativamente fácil y tiene la ventaja de ser aplicable en circunstancias generales; mientras las costosas instalaciones de rayos X no para todo médico son fáciles de conseguir.

En otro asunto me parece recordar entusiásticamente a Cicero: en sus trabajos acerca del empleo de la vacuna de ternera contra la viruela. La profilaxis de la viruela tomaba nuevos rumbos en México desde que varios observadores, entre ellos Manuel, demostraron con hechos incontrovertibles, tanto en la Academia de Medicina como en la Sociedad de Medicina Interna, que la llamada "vacuna de brazo a brazo", en oposición a la tesis sostenida durante largos años, no confiere inmunidad permanente; y, por otro lado, que tal procedimiento es peligroso por la posibilidad de transmitir la sífilis. Y no fué aquí Cicero quien vacilara en oponerse a aquella autoridad reconocida y hasta imponente del higienista don Eduardo Licéaga, que también fué Presidente de esta corporación. Licéaga había logrado infundir en el espíritu de muchos amigos suyos, discípulos, colaboradores y

subordinados, la idea concerniente a la superioridad de la vacuna "humanizada", como en ese tiempo se decía. El punto principal de la controversia era el relativo a la permanencia que se podía obtener en la inmunidad contra el virus variólico, y que, por tanto, no se necesitaba revacunar a nadie. Lo cierto es, como sabemos, que hay muchos individuos que pasan de cincuenta años de edad, vacunados con virus de procedencia humana, que no han tenido sino débiles reacciones de inmunidad o absolutamente nada en repetidas revacunaciones, y por otra parte, que las autoridades sanitarias han venido reduciendo más y más —en la actualidad a dos años y medio— el plazo para la revacunación antivariólica. De cualquier modo, la vacuna de brazo a brazo no satisfacía las imperiosas necesidades de la práctica en un país de más de diez y seis millones de habitantes.

Los trabajos de Cicero acerca de la vacuna están principalmente publicados en la "Gaceta Médica de México", en donde pueden verse con los títulos siguientes: "El asunto de la revacunación", "Respuesta a les reflexiones que sobre mi trabajo "El asunto de la revacunación" se dignó hacer el doctor Orvañanos en su carta de 25 de mayo del corriente año" (1910), "Historia clínica de un caso de sífilis vacunal presentado a la Academia Nacional de Medicina en sesión del día 13 de noviembre de 1912, y algunas consideraciones relativas", y "Breve comentario a la observación de un caso de sífilis transmitida por la vacuna humana, por los doctores A. Cornillon y J. Girard. Trabajo presentado a la Academia con el permiso de los autores para corroborar la necesidad de abandonar la vacuna humanizada y reemplazarla por la animal". Y en la misma "Gaceta Médica de México" y en la "Revista Médica" corren impresos los debates de donde Cicero externaba importantes opiniones. Un buen resumen de los trabajos atañentes a vacuna antivariólica que se presentaron en las dos corporaciones citadas y en diversos periódicos y tesis, se publicó en un grueso folleto de mi condiscípulo y amigo, de grata memoria, don Valentín Rojas. En él pueden consultarse los trabajos de Cicero.

Recordar en este episodio científico a Cicero, equivale a puntualizar hechos acreedores a mención en la historia mexicana de la profilaxis antivariólica. Cicero fué convencido observador, y en todos sus escritos y exposiciones orales procedía con magnífico razonar y siempre ajustado a la verdad inquebrantable. Com-

batió la vacuna de brazo a brazo por los peligros de ésta en cuanto a la inoculación sifilítica, habiendo presentado casos demostrativos de su práctica, los cuales suscitaron debates acalorados y hasta hechos de extraordinaria importancia. Tal vez se recuerde que un médico abnegado se inoculó experimentalmente con linfa vacunal de un niño sifilítico. Se trataba de probar que la inoculación sifilítica depende de la presencia de sangre, y no de linfa pura. Por desgracia para la lógica de la experimentación, el hecho no es muy valioso, y para fortuna del valeroso compañero, el treponema no lo afectó. El hecho, sin embargo, es de aquellos que definen a los héroes de nuestra profesión, y por eso callo el nombre de mi amigo, y más aún así lo hago, porque la posteridad será la encargada de colocarlo dignamente entre los grandes protectores de la humanidad.

Mencionaré por último un hecho que creo merece recordación, y que seguramente contribuyó a resolver en definitiva el problema de que nos ocupamos. Un presidente revolucionario del antiguo Consejo de Salubridad, no inclinado suficientemente a implantar la reforma que era indispensable, dirigió una circular conminatoria a los médicos vacunadores, encargados de propagar la vacuna en el Distrito Federal en esa forma precaria y angustiosa, cuando apenas se vacunaba diez o veinte niños diariamente, a veces en los bautisterios de las parroquias de la metrópoli; circular que tenía por objeto hacer estrictamente responsables a dichos vacunadores en cualquier caso de inoculación sifilítica, causada en el acto de vacunar. Si es cierto que en algunos casos el aspecto clínico del niño donador podría bastar para abstenerse y evitar la catástrofe, en otros muchos, en cambio, habría sido completamente necesario recurrir para el diagnóstico a la reacción de Wassermann, todavía imperfectamente comprendida y sujeta a discusión en aquellos años; de modo que resultaba injusta la exigencia que iba a pesar sobre los médicos prácticos cuya labor estaba comprometida por toda suerte de dificultades, como se recordará. Tres vacunadores, empero, declararon bajo su firma, al margen de la circular histórica, no atreverse con esa grave responsabilidad que se les imponía con sobrada ligereza; más fueron señalados como irrespetuosos, y consiguientemente destituidos, pues se les dijo que el Superior Consejo de Salubridad necesitaba médicos conscientes de su labor sanitaria.

Un hecho inesperado vino a modificar la opinión arraigada en dicho funcionario, y fué la noticia publicada por los periódicos informativos acerca de un reciente caso de sífilis vacunal con lesión primaria en el brazo del niño; y el Dr. Cicero, quien daba cuenta en la Academia de este caso tan elocuente y propicio a la reforma. Como consecuencia que no esperaban los vacunadores, pues no se habían escuchado sus explicaciones, se dió la orden de reponerlos en sus empleos; y más todavía, que el Superior Consejo de Salubridad promulgara el decreto concerniente al uso definitivo de la vacuna animal. Agregaré, por fin, que uno de los vacunadores no volvió a su servicio porque se supo que no tenía título profesional, y que otro de ellos, el honorable médico michoacano don Adalberto Santín, falleció hace algunos años.

Tal fué Cicero en el orden científico; tal lo vemos descollar brillantemente en la tribuna académica, manifestándose como autoridad en dermatología y como uno de los miembros más cumplidos en esta benemérita corporación; tal su labor fecunda, impregnada con la fe de un luchador invencible, mediante la cual se elevó con el carácter de hombre de ciencia, maestro, cultivador del espíritu y médico que viviendo por la verdad, no fué de aquellos utilitaristas que por desgracia no son raros en nuestra profesión. Pero donde quiero recordar con el más vivo interés y afecto amistoso a Cicero, es en su notable civismo, o en otras palabras, en el saludable aspecto moral con el cual se singularizaba. Cicero, aquí, es tipo esclarecido de un gran ciudadano, esto es, de hombre feliz que formó patria y formó un hogar como base de ella. Integro, verídico, ecuánime, de costumbres puras, se perfiló como un carácter. De él podemos decir, sin equivocarnos, que es espíritu de los comprendidos en las áureas palabras de un pensador: "¡Cuán feliz es aquel que por su nacimiento y por su educación, no está sujeto a la voluntad de los demás; que no tiene por armadura sino sus pensamientos honrados, y en quien toda su habilidad consiste en ser verdadero!"

No incurriré en la vulgaridad de invitar a que tomando a Cicero como ejemplo de conducta, o más bien dicho, como persona individualizada a su modo, es conveniente imitarlo en sus virtudes: porque el espíritu de cada quien se singulariza en forma tan especial, que pocas veces será posible llamarse con el nombre de un semejante. En nuestros actos y palabras y en todas las carac-

terizaciones de nuestra vida queda impreso aquello indefinible que muchos designan como **alma**, en la cual se considera la potencia insuperable de nosotros mismos; por lo que ahora nos limitaremos sólo a recordar unciosamente al amigo, para infundirnos gratamente de su espíritu, y verlo así de nuevo enfrente de nosotros, y además, oír y escuchar sus palabras y analizarlo en toda aquella su actitud ponderada y simpática. No desconoceré, a pesar de lo dicho, la subordinación de atributos espirituales al través de la herencia biológica, de la herencia que nos suministra la Historia, y la forzosa repetición de excelsas costumbres en la serie de las generaciones; lo cual determina grupos psicológicos de importancia social, en una verdadera concatenación de fenómenos inquebrantables, de tal modo influyentes en la organización de la sociedad humana, que sin pretender imitaciones artificiales y atrevidas, unos hombres tendrán inevitable parecido con otros de su estirpe. En este sentido una ley de moral regía la vida de Cicero, y conforme a ella logró destacar fuertemente su personalidad. Era, pues, el individuo de prestancias bien equilibradas; el prudente y sabio que supo convertir la vida en felicidad duradera, ya que dió tranquilos días a quienes lo rodeaban amorosamente en su casa, y al mismo tiempo suscitó cariño y admiración por parte de sus amigos. Por estas razones era grata su presencia y se estrechaba su mano con satisfacción.

Traté a Cicero con intimidad, y esta circunstancia me permite asegurar que aun lo conocí y aprecié en el valor dulcísimo de sus creencias.

Era en efecto, un católico ferventísimo, y en este sentido me dió a conocer discretamente la importancia de la vida humana cuando el hombre se rige por la fe católica. Entonces lo respeté con intención de buenos amigos, porque lo juzgué capaz de hacer todo aquello que pensaba. Tenía, por tanto, un móvil que lo guiaba en todos sus actos, un estímulo que le hacía mucho más propicia la vida. El a su turno me respetó, como quiso respetar a todos; y así ligados por confianza expansiva, es claro que cuando lo recuerdo sigo lamentando más y más su desaparición cuando gozaba todavía de un poder moral e intelectual perfectamente utilizables.

Recordemos aquella expansión de que disfrutamos en las llamadas "**sesiones recreativas**" que organizaba periódicamente la So-

ciudad de Medicina Interna, esa corporación que sirvió para orientarnos en el orden científico y por la cual nos fué posible constituir amistades que perduran al cabo de los años; aquella sociedad de luchadores de la profesión, que seguramente fué de las corporaciones médicas de más atractivo que en México se han formado. En dichas reuniones se derrochaba ingenio y buen humor; y precisamente Cicero se distinguía por sus relatos salpicados de gracia, porque su fina educación y la moral que observaba nunca le permitieron descender a vulgaridades penetrantes. Al mencionar los nombres de algunos asistentes, procedo con el ánimo de colocar a nuestro amigo Cicero en un grupo de amistosa solidaridad, que tuvo la ventaja notoria de influir en los propósitos profesionales de los que iniciábamos estudios y ejercicio. Allí figuraron, aparte de Ricardo Cicero, Terrés, Ramos, Orvañanos, Olvera, Montaña, Aniceto Ortega, Michaus, Saloma, Pruneda, Demetrio López, Garduño, Enrique Aragón, Ochoa, Loaeza, Escalona, Tapia y Fernández, Cosío, Manuell y otros que por el momento escapan a mi memoria. De aquella sociedad salieron secretarios y presidentes para la Academia de Medicina, y fué Cicero uno de los miembros más entusiastas entre todos los que la integramos.

Por lo dicho, en consecuencia, nos reunimos en esta noche memorable, aquí donde escuchamos la voz autorizada de Cicero, el médico amable que nunca supe tuviera enemigos y censores despiadados; siendo natural que al recordarlo hasta con el nombre cariñoso que en algunas ocasiones le dábamos, estemos renovando la pena de haberlo perdido para siempre en una de las tragedias que derivan de la moderna civilización. Y no se oculta para nosotros aquella estela imborrable todavía que sus pasos dejaron y que nos propusimos recorrer plácidamente ahora.

La Academia Nacional de Medicina recibe hoy respetuosamente a la digna compañera de nuestro amigo, la señora Refugio Garita Vda. de Cicero, y a los estimables jóvenes, hijos de ambos, admirablemente educados conforme a las virtudes que esbozamos apenas en este elogio; y coloca la misma Academia en su galería de ilustres desaparecidos la efigie de quien supo ganar respeto para sí y para los suyos, y un afecto particularmente grato en el corazón de todos nosotros.

Ricardo Cicero es acreedor a nuestra admiración; descubrimos sus prestancias, y es preciso que veneremos su memoria; y

diremos de él las palabras de otro pensador: "hay hombres en cuya presencia nos parece respirar una especie de oxígeno espiritual, que nos refresca y vigoriza, cual si aspirásemos el aire de las montañas o nos diéramos el placer de un baño de luz del Sol".

El recuerdo de Cicero nos ha vivificado: porque el espíritu selecto que lo animó es indeficiente luz que brillará por muchos años.



Elogio y semblanza del Dr. Julián Villarreal, al descubrir su retrato en la Galería de los Presidentes muertos *

Por el Dr. GONZALO CASTANEDA

Están ya lejos los días, aunque cerca los recuerdos, en que Julián Villarreal y yo compartimos en esta Casa el pan y la sal de la vida escolar; en este mismo edificio antes prisión, hoy templo, en sus aulas oscuras y vetustas día a día nos miramos por cinco años. No sé por qué su persona pulcra y distinguida estuvo cerca de mí, quizá porque su alcurnia buscaba un contraste de pobreza y humildad. Era reservado, algo misántropo, irónico; su porte, de apariencia aristócrata y altiva, lo apartaba del bullicio estudiantil, pero su alma era bondadosa; era torpe y lento en el hablar, pero su expresión era maciza, su palabra no llevaba ropaje literario, sí substancia; destacó como estudiante, y su persona dejó una estela luminosa en las bancas de la Escuela. Pero no vengo precisamente a evocarle como amigo y condiscípulo, sino como hombre de estudio, como académico y como médico de acción.

Vino del norte, era fronterizo, arrancaba de esa raza de brazo fuerte y de espíritu fuerte que chocó con el americano invasor, y que dió los mayores soldados de la Reforma, era un mestizo de aquella estirpe que allá luchó con los bárbaros, descendía de aquella generación que convirtió un páramo en tierra floreciente; era de Nuevo León, nació en la ciudad que fundara el Conde de Monterey, la hoy sultana del norte. No le tocó desplegar su recia heredad y las facultades combatientes de sus antepasados, en la

(*) Leído en la sesión del 16 de mayo de 1938.